

**Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, 342 páginas.**

Ficciones civilizadoras, ficciones deseadas. Son caracterizaciones complementarias que se aplican a la novela antes de la constitución de la nación; también antes, por supuesto, del surgimiento del género. Centrada en los proyectos románticos de creación de una novela nacional, pero subrayando fundamentalmente las condiciones de su *imposibilidad*, la introducción del estudio de Alejandra Laera es el umbral de un trabajo crítico que hace de la autonomía ficcional un principio de lectura. *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* comienza por desarticular la perspectiva que vincula los primeros exponentes de la novela con la construcción imaginaria de la nación: no hay, al menos en nuestro país, “ficciones fundacionales”; o sí las hay, pero no son éstos los relatos que se asocian a los imperativos de reconocimiento e identificación en la etapa de consolidación del estado. En la transacción que, representada por Mitre y López, deriva en monumentales proyectos historiográficos, se vislumbra la prolongación de ese vacío de novelas que será —de acuerdo con Laera— *constitutivo* de la emergencia del género en nuestro país.

Debajo de su forma negativa, esta argumentación preliminar demarca las condiciones históricas que hacen posible la postulación, en un mismo nivel de análisis, de dos proyectos narrativos hasta ahora radicalmente separados en la crítica acerca de la literatura argentina de la década de 1880.

Por los mismos años en que aparecieron los textos de Gutiérrez y Cambaceres se multiplicó la producción de novelas en nuestro país. Lejos de buscar la reducción al análisis de una improbable totalidad, Laera se sirve de esta constatación para analizar el desprendimiento, de esa masa heterogénea de textos, de dos propuestas que en su momento provocaron la desestabilización de los supuestos acerca de la práctica de la escritura. La *novela popular* y la *novela moderna de la alta cultura* son, de acuerdo con la autora, las dos series que dan cuenta de la emergencia del género; dos series que, explicadas por el principio de reproducción, confluyen en la construcción (por parte de dos *autores*) de la postergada figura del novelista. Podemos marcar, en este punto, una de las proposiciones con mayores consecuencias teóricas del libro: Laera hace coincidir la emergencia de la novela con su fuga respecto de cualquier proyecto colectivo, esquivando una dificultad común de la crítica acerca de la “generación del 80” —la presencia de un bloque ideológico sin fisuras que fundamenta la lectura de los textos— y reevaluando, correlativamente, la relación de las ficciones con el dominio del estado. Las novelas de Gutiérrez y Cambaceres, tan disímiles en sus elecciones constructivas como (al menos en apariencia) en el circuito de lectura sobre el que se lanzan, habrían coincidido en establecer “actitudes que cuestionaban la previsible relación del escritor con su grupo social de pertenencia.” En la prolija reconstrucción de sendas deserciones de los lugares comunes del letrado del ochenta que realiza la autora, se inscribe también la ficción novelesca como principio amenazante de las certidumbres modernizadoras de sus pares.

De acuerdo con Laera, “lo que caracteriza, antes que nada, a ambos novelistas es que escriben sus primeros textos en una zona fronteriza entre lo real y lo ficcional, en una zona de negociación en la cual construyen sus representaciones”. El punto de unión entre los dos escritores habría sido esa necesidad de un anclaje referencial para constituir la ficción allí donde reinaba un vacío: archivos policiales y relatos orales en un caso, chismes de sociedad y personajes de salón en el otro. Laera llama “ficciones liminares” al resultado textual de este trabajo sobre materiales “reales”. Por dos razones, el concepto es central: en primer lugar, porque a través de las postulaciones del rentista y del investigador-cronista como origen de los textos, el carácter híbrido de las ficciones habría facilitado la instalación de las nuevas identidades de escritor; en segundo término, porque en él aparece expresada una decisión metodológica que impacta en la propia estructura del trabajo. Los títulos de las dos partes del libro (“La constitución del género” y “La constitución de la ficción”) dan cuenta de una tarea crítica que busca tanto acentuar el carácter novedoso y problemático de las novelas (aquello que se integra al análisis en la segunda parte) como indagar en sus condiciones de posibilidad (algo a lo que se dedica, de una manera precisa y erudita, la primera).

De modo que, en la década del ochenta, aquel tiempo robado a la prensa que Mitre utilizaba para la ficción a mediados del siglo XIX, como el tiempo de la urgencia política con el que chocaba la *Amalia* de Mármol en detrimento de su conclusión, reaparece transfigurado —en ese *tiempo vacío* que da título al libro— para dar con la producción de novelas como actividad diferenciada: sólo a Gutiérrez y a Cambaceres les cabe esa posibilidad entre la variedad de escritores que entonces se midieron con el género. A partir del fundamento de esta condición privativa que encuentra Laera, es decir, de la separación entre la vida pública y la actividad literaria, se ponen en entredicho algunos supuestos largamente sostenidos por la crítica. Para señalar sólo dos: la asimilación inmediata de escritura y publicación folletinesca en el caso de Gutiérrez, que terminaba reduciendo casi enteramente su

producción a la lógica del medio periodístico; y la acentuación de la instancia ociosa y materialmente desinteresada de la escritura de Cambaceres, que lo dejaba colocado en la posición de un “*gentleman* escritor”. En estos casos, la clave de la lectura de Laera se encuentra en el importante papel que le otorga al mercado de bienes culturales, a partir de una prolija indagación de los recorridos de ambos escritores por los diarios. Aquí se destaca el análisis de la captación de Cambaceres por la prensa, en el que se recupera este aspecto olvidado por la crítica para establecer una definición compleja del *novelista amateur* que, insospechadamente, se acerca a la del *novelista profesional*. Si, en contraste, la relación con la prensa parece obvia en el caso del autor de *Juan Moreira*, el análisis de Laera se dedica a desmontar las lecturas precedentes de sus folletines a través de la revisión completa de su trayectoria. Las “novelas populares con gauchos”, inseparables de los nuevos recursos del periodismo porteño de los ochenta, se analizan rigurosamente en su constitución desde un origen inadvertido por la crítica anterior. En esta reconstrucción, la escritura del folletín no proviene completamente de una lógica anterior a su puesta en práctica de la misma manera que, una vez afianzada, no se cierra en la mera repetición, sino que atraviesa distintas etapas que tienden al logro de una verdadera autonomía novelesca.

Entre la crítica y el mercado, entre la tradición y la prensa, Laera arma en la primera parte del libro un entramado de voces y posiciones que renuevan la imagen del campo cultural argentino en los años de su formación. Más allá del estudio particular de dos autores, este trabajo reorganiza los textos de la época e invita a revisar las condiciones de su jerarquización.

A primera vista, la segunda parte podría parecer un desarrollo suplementario de las hipótesis y análisis desplegados en la primera. Sin embargo, estos últimos tres capítulos son una prueba de la notable productividad de la lectura de Laera. Al volcarse sobre los resultados de aquella “voluntad imaginativa” que habría guiado tanto a Cambaceres como a Gutiérrez, esta parte expone las razones por las cuales sus ficciones generaron rechazos y adhesiones sostenidos. Las nuevas opciones de movilidad que ofrece la ciudad, como las necesidades de reconocimiento de los cuerpos y el registro de las pasiones del gaucho tienen en común la referencia a la crisis de la configuración de identidades estables que, de acuerdo con Laera, ponen en escena estas ficciones contra las expectativas culturales del estado modernizador. A la lectura de estas cuestiones se dedica este conjunto de capítulos para explicar las relaciones que, no tan armónicas, sí se articularon entre novela y nación.

Los dos últimos capítulos introducen una categoría para atravesar completamente las obras de ambos autores. La *reproducción*, que se despliega en sus diversos sentidos (técnico, biológico, social), es tanto el motor de funcionamiento de una máquina narrativa que produce imágenes “aberrantes” (Cambaceres), como el principio explicativo de las repeticiones y variantes en la serie folletinesca de la “novela popular con gauchos” (Gutiérrez). Es también, la *reproducción*, el último signo de la voluntad abarcadora de un trabajo que comenzaba con la hipótesis de la producción –la constante y decidida producción de ficciones– como requisito para la emergencia de la novela.

Federico Bibbó

